

REGRESAR A TUS RAÍCES

Eran las siete y cuarto de la mañana del 20 de mayo. El cuerpo me dió un respingo y sentía una opresión en el pecho enorme, las palpitaciones del corazón se me habían acelerado en segundos. Alcé la vista y me percaté de que estaba en mi cama. Me permití unos segundos de reflexión para preguntarme qué me había sucedido, tal vez solo había sido una pesadilla. Tras unos minutos de pensar en mis extraños sueños me dije que no había podido ser mi cabeza, no recordaba absolutamente nada. Por descarte, deduje que la culpa de mi respingo quizás había sido algo que a menudo me sucedía, así que me levanté para asegurarme.

Efectivamente, había dado en el clavo. Una ambulancia y tres coches de policía estaban estacionados en la calle de al lado. Dirigí la vista al horizonte y vi una grúa en camino. Pensé: “Un accidente más en lo que llevamos de semana... es una pena”

Esto era algo frecuente en Zaragoza, donde yo vivía, pero desde temprana edad nunca me dejaban de asustar las sirenas y el ruido del tráfico; me alteraba muy rápido. Dejando de un lado lo ocurrido, decidí regresar a mi cama.

Al despertarme, siempre solía estar un tiempo sentada, con mi espalda apoyada en el cabecero de mi cama pensando cuáles eran mis planes para el día que se me esperaba. Me encantaba planear las cosas y tener todo claro, me hacía sentir más tranquila.

Me puse las gafas y me hice un moño para poder ver con claridad la organización de mi agenda. Ésta estaba colgada en la pantalla de mi ordenador, el cual utilizaba todos los días, pues así garantizaba que no se me olvidase ninguna de mis tareas cada día. Hoy me tocaba ballet y danza contemporánea a las cuatro y media, informática a las seis y clases de inglés a las ocho. Suspiré aliviada, hoy no tenía muchas extraescolares, quizás podría descansar entre clases. Alegre, desayuné rápidamente, me di una ducha y procedí a vestirme, para poder comenzar cuanto antes a hacer mis obligaciones.

Antes de irme al instituto, cogí al vuelo un plátano y me puse la hombrera derecha de la mochila como pude para no caerme de la cantidad de libros que llevaba.

Me disponía a abrir el pomo de la puerta pero entonces oí de fondo la voz de mi madre.

Corriendo con el pijama puesto, la vi gritarme por el pasillo algo indescifrable, su boca hablaba más rápido de lo que su mente quería que dijese. Me extrañó que no estuviese ya vestida para irse a trabajar, empezaba a la misma hora que yo, pero no me dió por pensar el por qué. Cerré la puerta y le pedí que hablase más despacio. Entonces, por fin la entendí.

Resulta que no había clase hoy, el instituto estaba cerrado. Esas eran mis primeras noticias.

Mi madre me dijo: ¡Ariadna, es 1 de Mayo, festivo en toda Zaragoza! Yo, perpleja le respondí que no sabía nada, pensaba que era un día como otro cualquiera. Me empecé a emocionar y sin más charla, tiré la mochila y me apresuré escaleras abajo.

Dora, mi vecina del 4º ya estaría despierta y tenía ganas de verla, hacía una semana que no bajaba a visitarla, y le echaba de menos; hoy podría estar todo el día con ella.

Dora es una anciana de 75 años de edad. Cuando mi familia y yo nos mudamos a este edificio, ella nos dió la bienvenida y se ofreció a ayudarnos en todo momento. A partir de entonces, somos amigas. Me ha cuidado desde que llegué y creo que hemos formado un vínculo muy especial. Siempre ha ejercido de abuela, puesto que la mía vive en otra ciudad demasiado alejada, y solo la veo por motivos especiales.

Dora es una mujer entusiasta. Una persona auténtica, jovial, fiel, atenta, alguien maravilloso que siempre está dispuesto a dar lo mejor de sí sin recibir nada a cambio. Ha disfrutado conmigo de los buenos momentos y ha sufrido a mi lado con aquellos que no lo eran tanto, y siempre, siempre me ha apoyado. Siento que es una de esas personas tan especiales que te dejan una huella en tu corazón para siempre.

Ella es de un pequeño pueblo, Ricla, a unos 50 km de Zaragoza. Pasó la mayor parte de su infancia en él, hasta los 14 años. Con esta temprana edad, no le quedó otra opción que marcharse a trabajar a la ciudad a trabajar como niñera, pues sus padres disponían de tan pocos recursos que ni tan apenas podían sacar adelante su familia. Dora era la mayor de cinco hermanos y por tanto, era sobre la que caía la responsabilidad más grande.

Ella me traslada a Ricla con sus vivencias y a veces me da envidia todo lo que ella ha vivido que yo nunca tendré la posibilidad de sentir.

Aquella mañana toqué el timbre de la puerta, que estaba escondido tras una planta de gran tamaño y grité su nombre. Rápidamente, ella la abrió y emocionada, me invitó a entrar.

Creo que ya esperaba mi llegada, pues ví unas torrijas friéndose en una gran sartén, (algo que si hubiese sido únicamente para ella, hubiese cocinado una sartén más pequeña).

Me encantaban las torrijas de su pueblo, las culecas que ella me contaba que se horneaban en la panadería para Semana Santa, las magdalenas y mantecados que se preparaban para las fiestas de Julio y así, una lista infinita de costumbres y tradiciones que nunca se olvidan.

Mientras me comía aquellas deliciosas torrijas ella me contaba otra anécdota.

-Dos o tres días al año disponía de unas vacaciones que aguardaba con ansias para regresar a Ricla. Allí me encontraba con mi familia y aquellas amigas que dejé en el pueblo.

Ellas me contaban que tenía que trabajar muy duro en los campos por un trozo de tocino y algo de pan, lo cual me hacía pensar la suerte que yo tenía; pues en el fondo mi vida no estaba tan mal. Yo me vestía con la ropa que me daba mi señora, que a pesar de estar usada siempre era mejor que la que había traído del pueblo.

Poco a poco, me fui haciendo mayor y me casé con Jesús, quien trabajaba como administrativo, lo cual me dió la fuerza para seguir mi sueño: estudiar costura y confección.

Tras años de preparación, lo conseguí y me siento tan orgullosa...

Yo sabía que Dora había pasado demasiado tiempo en Zaragoza, sin regresar a su querido pueblo. Tenía claro que al menos, durante los 14 años que yo tenía no había vuelto a pisar sus tierras.

Me despedí de ella, subí a casa y les conté a mis padres la idea que planeaba. Se me había ocurrido la idea del siglo: llevar a Dora a visitar sus orígenes.

Me senté en la mesa del comedor e intentando poner un tono convincente, les pregunté si en alguno de estos fines que teníamos libres podríamos llevar a Dora a Ricla, seguro que le encantaría.

Cuando le di la noticia a Dora se alegró tanto como un niño en un parque de atracciones.

Realmente le encantaba la idea, tanto que contaba los días que faltaban para irnos.

Salimos el sábado 20 de mayo con una ilusión tremenda. A medida que nos acercábamos a nuestro destino, ella más y más se emocionaba.

Al primer lugar que quiso ir fue a su casa natal, situada en la calle de la Cruz. A juzgar por el aspecto exterior, destruido, el interior no aguardaba mejoras.

Al llamar a la puerta, salió una familia rumana. Nos contaron que habían venido a trabajar en la recolección de fruta, en especial, la cereza. Al contarles que había sido la vivienda de Dora de niña, nos dejaron acceder a ella. En cada habitación que veía, más lloraba; le recordaba a sus padres y hermanos, que tuvieron que marchar a la ciudad poco después que ella y ya habían fallecido. Ver esas paredes, le hacía revivir momentos que había pasado y que permanecerían en su memoria por siempre.

Tras ver la casa, nos dirigimos al centro del pueblo, la plaza de la Iglesia. De pronto, oímos el sonido de un cohete, y como es normal en mí, di un respingo del susto.

Dora gritó: -¡Son las fiestas de mayo! Acaban de comenzar.

Nosotros, ante el desconocimiento de cómo eran unas fiestas de pueblo, no nos alegramos tanto como ella.

A medida que nos íbamos acercando, ella recordaba como era todo antes y nos iba diciendo que las calles eran de tierra, y ahora estaban asfaltadas. Las eras donde se trillaba, ahora eran casas, las bodegas donde se guardaba el vino, eran peñas donde la juventud disfrutaba a la llegada de las fiestas, etc.

La Iglesia de la que tanto me había hablado Dora, tan a penas se encontraba a unos pocos metros. Para nuestra sorpresa, los vecinos del pueblo, niños, jóvenes, adultos, abuelos... todos ellos estaban agrupados en distintas peñas.

De repente, una chica que yo calculaba que tenía mi edad, se me acercó y muy simpática me preguntó mi nombre. Yo, poco acostumbrada a este tipo de situaciones en mi ciudad le respondí con nerviosismo:

-Ho-oo..la...Me llamo Ariadna.

Ella me respondió:

-¡Bonito nombre! He visto que eres nueva por aquí y quizás te apetecería conocer nuestro pueblo. Yo estoy con mis amigos, esos de las camisetas moradas y nos lo pasamos todos de cine juntos. Si quieres puedes venir con nosotros, te aseguro que te lo pasarás genial.

Pregunté a mis padres y me dieron su aprobación.

Me fui con esa chica, que más tarde me dijo que se llamaba Alina y era de mi misma edad, y con su grupo, algunos niños más pequeños y otros más mayores, de diferentes nacionalidades.

Primero fuimos a una especie de fiesta o algo así: el Chupinazo. Me lo pasé como nunca lo hubiese pensado, baile y gocé en todo momento. Después me invitaron a las vaquillas, en la grada se percibía el ambiente de emoción y el disfrute de la gente. Tras ello, cenamos todos en la peña, que era el bajo de un almacén decorado y pintado por ellos. Me hicieron sentir una más del grupo y me trataron como si me hubiesen conocido desde siempre; fue una experiencia inolvidable. Sin embargo, como ya era tarde me tenía que marchar, mis padres y Dora me esperaban para ir al cementerio antes de irnos. Mientras iba de camino a buscar a mis padres reflexioné sobre la cantidad de emociones que había sentido y me dije con certeza que no sería la última vez que volvería al pueblo. Sus costumbres y tradiciones, que nunca se marchitan, sus gentes, acogedoras, hospitalarias y afables, y ante todo el recuerdo que siempre tendré de haber sido la mejor tarde de mi vida nunca se perderán en mi memoria.

Ahora, quince años más tarde, puedo decir con seguridad que esta promesa que me hice ha sido cumplida, todos los años regreso a Ricla con mis hijos y disfruto del privilegio que es poder decir que has estado en un pueblo.

En el cementerio, estaban enterrados los padres y abuelos de Dora. Ella se emocionó muchísimo de lo bien arreglado que estaba todo y me dijo unas palabras que nunca se me olvidarán:

-Ariadna, cariño:

Los inmigrantes son las personas que ocupan estas casas, pero antes; hace setenta años, fuimos nosotros, que no teníamos ni para comer y tuvimos que marchar a la ciudad.